

APÉNDICE II

EL RESPETO Á LA DIGNIDAD HUMANA ES UNA OFRENDA DEL CRISTIANISMO

No tenemos intención de entrar aquí en pormenores para saber si el pensamiento cristiano influyó en los últimos periodos de la filosofía romana y en la manera general de pensar del paganismo. Tampoco queremos estudiar hasta donde se dejó sentir esta influencia. Tendremos ocasión propicia de hacerlo en el tercer volumen. Sin embargo, cuando uno no se siente dominado por la pasión ni por el prejuicio, puede decir que sería fácil demostrar cuán imposible es que las nuevas ideas pudiesen vivir más de cien años sin ejercer su acción en un círculo más vasto.

No cabe duda que ya no se seguía el verdadero paganismo, cuando decía Epicteto: «¿Por qué no has de tratar con más caridad á un malvado? Debes decir: «No honro al hombre como tal, sino á la naturaleza que hay en él.»⁽¹⁾ Apostata completamente Séneca de los principios fundamentales de la antigüedad, cuando pretende que «los esclavos son también hombres, nuestros compañeros de servicio, nuestros camaradas de campaña, y que merecen las mismas consideraciones debidas á los demás hombres, porque en ellos, como en los demás, se halla la misma naturaleza humana».⁽²⁾

No es esto ya la antigua teoría estoica y sobre todo pagana; es una concepción de cosas completamente nuevas, que recibe forzosamente el ascendiente del Cristianismo. Puede, pues, tener razón Hausrath, cuando dice, que antes que ningún filósofo, da Epicteto las pruebas más perentorias

(1) Epicteto, *Fr.*, 109.

(2) Séneca, *Epíst.*, 47.

de que vivieron bajo un mismo sol las civilizaciones salidas del Nuevo Testamento y las últimas civilizaciones paganas.⁽¹⁾ Lo cree así, sin duda, en el sentido de que las ideas cristianas y las últimas ideas estoicas fueron el natural y común resultado del total desarrollo de la civilización antigua. Pero la verdad es que los pensamientos que encontramos en Séneca, en Epicteto, en Marco Aurelio, son eco de doctrinas que, sirviéndose de los judíos y de los cristianos, tomaron aquellos filósofos del campo de la Revelación sobrenatural. Las comprendieron mal, y las desfiguraron completamente; pero no importa.

Guardémonos, sin embargo, de conceder demasiada importancia á tales palabras. Oyó, es verdad, la antigua filosofía pagana que en torno suyo resonaban algunas ideas procedentes del campo cristiano, pero con frecuencia no llegó á sus orejas más que el sonido. Le era desconocido el fondo; bajo la envoltura de aquellas máximas, que á primera vista parecían cristianas (máximas con las cuales Séneca y Epicteto supieron ganarse la consideración, durante siglos, aun de los cristianos que, naturalmente, dan á las palabras su sentido propio), se encuentra siempre la antigua naturaleza pagana. Lo mismo sucede aquí. ¿Qué es el ser humano, ó empleando la expresión cristiana, qué es la dignidad humana en el sentido en que la comprendieron los últimos filósofos romanos? No es la dignidad que, concedida á alguno, pueda darle capacidad para llegar á ser un ser moral; no es una personalidad interiormente libre é independiente, como la comprendemos nosotros y como nos gusta nombrarla, sirviéndonos de la expresión que nos parece más propia. Para ellos es simplemente la idea abstracta de hombre: no es la idea que ha realizado objetivamente el Creador en el hombre vivo, sino la que los filósofos han formado del hombre considerado subjetivamente y en su espíritu. Aquí hallamos toda la verdad del proverbio: «Pueden dos personas decir lo mismo sin que sea lo mismo».

(1) Hausrath, *Neutestamentl. Zeitgeschichte*, 1877, IV, 302.

Para el cristiano, es el hombre imagen viva y personal de Dios, la imagen tal como vive y obra delante de Él. Ni siquiera es capaz el pagano de concebir tal pensamiento; para él, hombre y Dios no son sino dos ideas vacías y privadas de vida. Su inteligencia las inventa, interesándose por ellas, pero su corazón y su voluntad las tienen en tan poco como á cualesquiera otras ideas abstractas. Mejor que largas disertaciones, lo prueba una sola expresión de Séneca. Donde dice la Revelación: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo», ⁽¹⁾ Séneca se expresa de este modo: «La filosofía nos enseña á honrar lo divino, y amar lo humano.» ⁽²⁾ Casi en los mismos términos se expresa Epicteto. «El hombre, dice, que llora la pérdida de su hijo, comete una injusticia; no es la muerte del hijo lo que llora, es únicamente su propia imaginación, la idea que de él se ha formado en su mente.» ⁽³⁾ Puede consolársele, pero hay que guardarse muy bien de sentir compasión por él. Y es muy natural; lo que ha perdido no tiene en sí valor alguno; lo único que hay de verdad es que en la cabeza del que sobrevive existe sólo la suposición de que era algo el que ya no existe; no hay más que hacer desaparecer esa suposición, y se ha concluído el dolor. Y si no tiene importancia el hijo, sino porque me lo imagino de esa manera, y porque le atribuyo esa importancia en mi imaginación, ¿qué diré del valor humano, si lo considero en un extraño?

Pueden dar tales palabras una nota cristiana, pero la distancia que las separa del Cristianismo es igual á la que separa el cielo de la tierra. Según el Cristianismo, debo amar al hombre, porque en sí mismo tiene un valor real; ese valor se lo ha dado Dios, no lo adquiere él con sus nobles acciones. No hay poder alguno sobre la tierra que sea capaz de arrancárselo; él mismo no podría hacerlo con todas las humillaciones imaginables. Según Séneca y Epic-

(1) S. Mateo, XXII, 37 y sig.

(2) Séneca, *Epist.*, 90, 3: *colere divina, humana diligere.*

(3) Epicteto, *Man.*, 16.

teto, ninguna importancia tiene el hombre por sí mismo; no depende sino de mí y de mi imaginación. De una parte, el hombre es hombre por la gracia de Dios; de otra, es hombre por el capricho de los hombres. Está, pues, tan privado de derecho y de valor, como en el antiguo paganismo, y más aún. En aquel tiempo, no tenía interiormente valor alguno, y exteriormente era esclavo; ahora, es esclavo exteriormente, é interiormente hago de él lo que quiero; puedo darle el valor que me plazca. Así, depende de mí ahora mi esclavo más de lo que dependía en el paganismo primitivo.

Y siempre es lo mismo. «El hombre libre, dice Epicteto, no debe aceptar ningún servicio de parte del esclavo.» ⁽¹⁾ ¿Por que? ¿Por qué honra en el esclavo al hombre, y le atribuye una dignidad igual á la suya? No; sino porque sería rebajarse demasiado, estando el esclavo con relación al hombre libre en un grado de inferioridad semejante al estado de un enfermo comparado con el que goza de completa salud. Porque ya no es libre el hombre libre, se hace dependiente del servicio de un esclavo. El hombre libre debe prescindir del esclavo, no por caridad compasiva hacia él, sino por el puro orgullo de la propia suficiencia.

Resulta de aquí, que la moral de los antiguos, ni aun entre sus mejores representantes, conocía virtud ni deber de caridad para con el prójimo.

Es cierto que el sabio estoico quiere considerarse como ciudadano del mundo, pero ese cosmopolitismo teórico, que, por otra parte, es muy limitado en su desarrollo, no conduce á una manera de obrar que esté en armonía con él. En el fondo, sea estoico, epicúreo ó cínico ese sabio, no piensa en trabajar, sino para sí mismo; parecele demasiado malo el mundo para querer ocuparse en él. Ante las exigencias de la vida, se envuelve en la ancha capa de la virtud pura, cuyo fin no es otro que descansar orgullosamente en medio de las delicias de la vida, refugíandose cómo-

(1) Epicteto, *Fragm.*, 43.

damente en la suficiencia personal. ⁽¹⁾ No hay que pensar en el respeto y en el amor al hombre. No hay más que un egoísmo perfecto, una arrogancia filosófica completa, hasta tal punto, que convencido el estoico de poseer en su propio yo el supremo é inamisible bien, dice con audacia: «Nadie tiene valor sino yo. No vale la pena que me ocupe de nadie, ni que salga por alguien de mi perfección y del pacífico reposo de que disfruto en mí mismo. Nadie merece que por él me moleste, ó me degrade descendiendo hasta él».

La relación que nos transmitió Diógenes Laercio sobre dos filósofos á quienes no falta celebridad, nos dice hasta donde llegaba el dominio de ese pensamiento de la antigua filosofía. Anaxarco, compañero de Alejandro el Grande, era uno de aquellos filósofos, cuya sabiduría estaba basada en la doctrina del más profundo egoísmo, esto es, en la doctrina, según la cual, por nada ni por nadie debe inquietarse ni atormentarse, ni en su vida, ni en su conducta, el que quiere ser feliz. Ensayándose un día en la imitación de la vida rústica y en la sabiduría del hombre de los bosques, cayó en un pantano, donde quedó sin poder salir. Acertó á pasar su discípulo y compañero de viaje, Pirrón, el tan conocido filósofo. Discípulo digno de su maestro, se contentó con mirar, y, como el sacerdote fariseo del Evangelio, prosigió su marcha. Algunos momentos después, llegaron otras personas, probablemente gentes sencillas, á quienes la filosofía no había despojado aún de todo sentimiento humanitario; prestaron á Anaxarco los servicios del Samaritano y se permitieron censurar á Pirrón; pero Anaxarco los reprendió, diciendo que aquel miserable había obrado bien, porque el hombre sabio y civilizado no debe manifestar ningún amor á los demás, ni perder por nada su reposo. ⁽²⁾ Comprendemos también que se expresase de la siguiente manera Marco Aurelio, con-

(1) Vorländer, *Geschichte der philosophischen Moral, Rechts und Staatslehre der Engländer und Franzosen*, 1855, p. 8.

(2) Diógenes Laercio, 9, 63.

formándose con el espíritu de su maestro, Epicteto: «El hombre sabio y perfecto, ni debe alegrarse con los que se alegran, ni afligirse con los que están afligidos». ⁽¹⁾

Es verdad que para aquellos paganos sin corazón pasaría San Pablo por un ignorante y por muy imperfecto, pues dice: «¿Quién enferma y yo no enfermo?» ⁽²⁾ Imbuídos los filósofos en principios semejantes, no podían dejar de mirar con desprecio la doctrina cristiana que establecía este principio: «Gozaos con los que se gozan, y llorad con los que lloran». ⁽³⁾

¿Se hallará ahí el fundamento de gran número de opiniones emitidas á la ligera por los modernos adoradores é imitadores de los antiguos estoicos y enemigos del Cristianismo? No es más que una pregunta. Puede encontrar fácilmente la respuesta quien someta á minucioso examen las enseñanzas de la supuesta *moral libre* del Humanismo moderno.

(1) Marco Antonino, 7, 43.

(2) II Cor., XI, 29.

(3) Romanos, XII, 15.